

EL SEÑOR FREGA, CEDIDO A L’ORÉAL

Los domingos por la mañana solíamos vernos Giorgio y yo — amigo y colega, responsable comercial de una de las mayores empresas del mundo en cosmética femenina: L’ORÉAL.

Era nuestra manera de mantenernos cerca, de contarnos la semana, el trabajo, y luego hablar de los clientes que andaban por el mercado, cruzando alguna que otra broma sobre lo que hubiera surgido, delante de una taza de café caliente en el bar.

Era de carácter sociable, siempre sonriente, siempre irónico, pero con un espíritu indomable — una elegancia y un refinamiento que no tenían igual.

Siempre tenía una broma a punto, y nunca una dicha a la ligera, una sonrisa proverbial que hacía que todos se sintieran a gusto — le gustaba decir que se había gastado una fortuna en sus dientes nuevos y que había tenido que asegurarlos por 25.000 euros, por si alguien no encajaba bien alguna de sus bromitas afiladas y decidía saltárselos.

Siempre que salíamos a vender juntos por nuestra región, Calabria, anunciábamos bien alto a cada cliente que éramos los hombres más afortunados del mundo, que trabajábamos para las dos mejores empresas del planeta, que nos pagaban una fortuna solo por divertirnos, no por trabajar — cosa que nunca dejaba de irritar a quien estuviera escuchando. Muchas veces no nos creían, pero de todos modos teníamos el respeto de casi todos.

Una mañana de abril me dijo: la semana que viene paso a recogerte, nos vamos a trabajar a Sicilia, tres días — no te preocupes, está todo cubierto, no vas a pagar nada.

Sabía perfectamente que aquella no era mi zona, así que le pregunté: ¿qué demonios vamos a hacer fuera de zona?

Bueno, dijo, esa será tu sorpresa — y quizá un poco también la mía.

Seguirás siendo Frega, el de Gillette, pero durante tres días serás un invitado de la empresa sobre el terreno, a cuenta de L’ORÉAL.

Te enseñaré la otra cara de la moneda — un mercado que no conoces, que no has visto nunca, porque nunca has estado en él, donde las mujeres son las protagonistas de cada compra, con todas sus particularidades.

Para mí es también una manera de darte las gracias por los dos años que hemos pasado juntos — sé que sin ti, sin tu ayuda y tu buena disposición, tu calidez y tus modales, todo lo que hace de ti el hombre y el amigo que eres, probablemente no habría conseguido volver al trabajo, y quizá ni siquiera a vivir, después de la enfermedad de Crohn.

Se dejó llevar, solo un instante, una sola lágrima — era la primera vez que lo veía así, incapaz de contener la emoción.

Me dijo que pasaríamos tres días en Catania y uno en Palermo, y luego volveríamos a casa — lo estaban tratando como una prueba oficial, aprobada de antemano por su dirección de ventas, que había dado el visto bueno, y todos tenían curiosidad por ver qué pasaría y qué acabaríamos tramando los dos.

Dije que sí sin dudarlo. Las empresas siempre te daban información, pero nunca compartían la experiencia de verdad — y aquella era una ocasión auténtica de crecer.

Se lo conté a mi padre, y él sonrió y dijo: sigues haciendo cosas que nadie ve venir — eso no es solo un rasgo, eso es Ferdinando Frega.

Era su manera de dar su bendición. Conocía a Giorgio desde hacía veinte años y sabía que yo aprendería algo — lo que no sabía era qué.

Llegué a casa y mi mujer me vio algo raro en la cara y me preguntó qué pasaba. Me han cedido a L’Oréal por tres días, le dije, y ella replicó: el bromista de siempre — ¿cuándo vas a ponerte serio de una vez?

El día que vuelva te contaré exactamente cómo ha ido, le dije, y le expliqué toda la historia. Ella dijo: ahora sí que estás en un lío — vas a entrar en el mundo de las mujeres por una puerta distinta de la que conoces. Tengo curiosidad por ver qué pasa.

Ferdinando